

hasta desaparecer. ¿Quién escribió entonces aquellos pasajes? ¿Es una vertiente que se alza y modula sus secretos, o un instinto independizado que habla en su lenguaje directo? La comuna explota el valle y la montaña. Trepa y desciende, hacendosa como un hormiguero. Quiere dominar fecundando. Los hombres son motas negras en el blancor de las nieves. Sencillez del trabajo, sencillez de la producción, sencillez de la existencia y sus afanes. Simplicidad de la novela. La resultante del queso corresponde a un idilio del Vaux. En todo puede haber poesía.

Los animales suben la montaña, desprendiendo piedras con las pezuñas. Los trabajadores llevan polainas hasta el muslo y zapatos con puntas de latón. Bajo la lana gorda palpitan los senos redondos de las ordeñadoras. Desde la falda hasta los ventisqueros, el paisaje se transfigura. Brilla el filo azul del aire. Los techos pizarrosos se apretujan en el llano. Las vacas lucen coronas de flores mañaneras. Y todo porque el pasto amengua en el valle. Los más fuertes paisanos de la comuna guían el ganado hacia unos pastales perdidos en la cumbre. Allí se aposentan, inmutables, José, uno de ellos, ha dejado a Victorina, su novia, en el pueblo. Y aquí comienza el drama. En la cima habita el miedo, un miedo supersticioso, ineluctable. La leyenda de un cadáver putrefacto y algunos ruidos nocturnos hacen huir a uno de los muchachos. El miedo crece, se extiende en mil aventuras medrosas que la sabia sensibilidad de Ramuz agota. La altura incuba el espanto, que deviene una

realidad atroz. Es la peste, la muerte. El pueblo se acurruca, teme y cerca a los hombres de la cumbre que viven como sombras pestilentes. Por fin, el miedo tórname un alud que cae sobre el poblado, inundando y matando a diestra y siniestra.

El alma de Victorina se abre de repente, como esas flores amarillas que despuntan entre la hierba cuando se derrite la nieve. Pero no logra supervivir.

Prolijo, insuperable, Ramuz estruja las sensaciones del pavor y la soledad. De noche, cuando la tierra se queda sola con lo que «no piensa», y los ventisqueros dan una semiclaridad, el desasosiego de sus montañeses, hecho carne de naturaleza bruta, habla como si hablase la vena del agua.

«Cumbres de espanto» tiene una gran técnica impensada, por eso su realización es confusa, a veces, ininteligible. La traducción española no puede ser peor. En «Aline», Ramuz aparece como un técnico consciente, pero su vitalidad se atenúa. «Es que la montaña tiene sus ideas, es que la montaña tiene sus caprichos».—*Carlos Vattier B.*

LOS CONFIDENTES AUDACES, por *Pío Baroja*.

Don Eugenio de Aviraneta, nuestro amigo de diez y nueve libros, no ha muerto y parece que no lleva trazas de morir. Continúa deambulando a través de España y de Europa, guiado por su destino y por la imaginación de Pío Baroja, quien, urgido tal vez por sus exigencias editoriales, no lo deja ni a sol ni a sombra,

siguiéndolo o metiéndolo por entre los laberintos de la intriga política española del siglo XIX. Cada día es menor la cantidad de acción que en los libros de Baroja cabe a ese hombre de acción. En este libro (1), por ejemplo, Aviraneta es sólo un hombre que escucha, que oye las confidencias de Jesús López del Castillo, confidente audaz (*confidens audax*), quien le narra su vida y sus correrías por las trastiendas de la conspiración política, como también sus intimidades familiares y domésticas.

«En la cara afilada, la nariz de López del Castillo daba la impresión de ser traslúcida. Su fisonomía aguda parecía que por todos lados se veía de perfil. Con frecuencia pasaba el dedo anular por el borde de su nariz como si lo estuviera reconociendo. Iba bastante bien vestido, con un traje gris a la inglesa; llevaba zapatos y polainas. Su natural elegancia le daba aire de distinción... Se hubiera pensado que en aquel cuerpo pálido, delgado, no debía de haber una gota de sangre. Además de ser exangüe y sin nervios parecía tener aviesa intención, como un Pierrot malévolo o un pelele irónico endiablado.

Tal es el confidente audaz. Este y aquél señor pequeño, delgado, de tipo aguileño, con la mirada extrañada, vestido de negro, embozado en la clásica capa española y con sombrero alto y redondo.»

retrato en el que los lectores reconocerán a don Eugenio de Aviraneta, se entienden bien; ambos son confidentes audaces, aunque el primero sea un confidente activo y el segundo uno ya pasivo.

La vida de Jesús López del Castillo no es extraordinariamente inte-

resante y la narración de ella se oye con amabilidad o se lee con benevolencia. La cuenta Pío Baroja y esto es ya bastante. Con algunos libros de Baroja sucede eso: se leen más por ser él el autor que por el libro mismo y sus errores o su falta de interés se disculpan o no se echan de ver, gracias a la simpatía que el autor inspira. Por otra parte, al leer un libro suyo se le está viendo siempre, se recuerda su carácter, su fisonomía espiritual, sus súbitos apasionamientos, sus ironías, sus amarguras, y se espera que en cada página aparezca tal como se le quiere o tal como se le admira. A veces tarda mucho en aparecer, pero cuando lo hace, el lector da por bien gastado el tiempo: Pío Baroja continúa lo mismo. Es una personalidad que está por encima de la literatura.—*M. R.*

ENSAYOS

LA EMOTIVIDAD EN LA VIDA Y EN EL ARTE, por *Juan Andueza L.*—Publicación de los «Anales de la Universidad de Chile».—Santiago, 1931.

El distinguido profesor de Medicina Legal del Curso Fiscal de Leyes de Valparaíso don Juan Andueza, en medio de sus tareas profesionales, ha tenido el tiempo necesario para dedicar algunas horas de estudio a los problemas que bajo el aspecto de la medicina legal, pueden presentar los caracteres de los artistas. Sin hacer una revisión prolija, con el propósito tan sólo de ilustrar a sus oyentes (se trata de una con-

(1) Espasa-Calpe. Madrid.—1931.